



De hojita a Universidad de los niños

Por: Ana Cristina Abad

Gestora y líder de la Universidad de los niños EAFIT entre 2005 y 2015

Juan Luis Mejía, rector de la Universidad EAFIT, suele tomar muchas notas; todos los días se saca del bolsillo las ideas que van apareciendo en el camino. Todavía recuerdo bien la hojita que dejó sobre mi escritorio hace quince años, decía: «esta es una idea interesante, pensemos algo así para la celebración del aniversario de la Universidad». Días antes, el rector venía de España y, como había terminado lo que estaba leyendo, entró a La Casa del Libro, la librería del aeropuerto de Barajas, en Madrid. Ahí le llamó la atención un libro parecido a *El diablo de los números* o *El mundo de Sofía*, que son matemáticas y filosofía para niños, pero éste se llamaba *Una universidad para los niños*. Era sobre la primera universidad en Alemania que había creado un programa de este tipo. Esa era la idea en la hojita. Ahí empezó todo.

En esa época yo había empezado a sentir el deseo de tener hijos, entonces me emocionaba mucho pensar en niños y su conexión con la Universidad. Empezamos a planear cómo hacer nuestra universidad de los niños. Buscamos la asesoría de personas como María Rosario Escobar, que hoy es la directora del Museo de Antioquia; Cástor Hernández, que nos aportó mucho desde el punto de vista de la arquitectura y la puesta en escena; y también de Luz Mercedes «Tita» Maya, que tenía mucha experiencia en pedagogía infantil. Juntos tuvimos unas discusiones muy valiosas sobre cómo llevar la ciencia a diferentes espacios de conversación entre los niños y los investigadores.

Al principio pensamos en organizar una serie de conferencias de ciencia para niños. Pero entendimos que nos debíamos poner en el lugar de ellos y eso nos llevó a cuestionar la idea de tenerlos sentados, escuchando pasivamente la conferencia de un investi-



Primer equipo de trabajo de la Universidad de los niños EAFIT. Foto: Robinson Henao.

gador. En ese entonces se sumaron al equipo Ana María Londoño, Ana María Jaramillo, José Ignacio Uribe, Carolina Giraldo y María Adelaida Arango, que eran de las primeras generaciones del pregrado en Ingeniería de Diseño de Producto de EAFIT. Junto con ellos empezamos a diseñar la metodología del programa, un modelo que valorara más las preguntas que las respuestas.

El primer año, 2005, pudimos invitar a muchos más niños de los que habíamos esperado, tanto de colegios privados como oficiales. El sistema educativo colombiano sigue siendo muy

inequitativo, pero nosotros queríamos tener una representación diversa, con el fin de romper las burbujas socioeconómicas de nuestro entorno y poner a conversar a todos los niños sin importar su origen. Los primeros investigadores se destacaban por su sensibilidad y habilidades comunicativas con los niños. Ya sea porque tenían hijos o niños cercanos, sabían lo que era sentirse «empeleta» frente a las preguntas de estos y estaban dispuestos a aceptar el reto de explicar una idea por medio de metodologías no tradicionales.



¡Hicimos maravillas y disfrutamos mucho! La Universidad y el rector fueron realmente muy generosos, porque nos dieron libertad de experimentar. De esa experiencia nació la Universidad de los niños.

Aprender de los niños

Me siento muy orgullosa por ser la madre intelectual de la Universidad de los niños EAFIT, orgullosa de haber liderado ese proceso colectivo que ya tiene 15 años de vida. Partimos de un principio: el respeto a los niños como sujetos de saber, como seres que merecen reconocimiento no solo emocional sino también intelectual, porque ellos pueden pensar de manera crítica y debatir ideas, tienen un talento innato para cuestionar. Compartimos y estudiamos muchos aportes de la academia: Rudolf Steiner, Margaret Sharp, Mathew Lipman, Carl Orff, Richard Feynman, Paulo Freire, entre otros. Pero fueron los niños quienes finalmente nos mostraron las bases metodológicas del programa: la pregunta, la conversación, el juego y la experimentación.

En el programa estudiamos la pregunta desde la teoría de la argumentación y el método socrático. La pregunta y la conversación cobraron muchísima fuerza, por eso, en vez de organizar

conferencias de ciencia para niños, empezamos a dinamizar conversaciones para que niños e investigadores intercambiaran sus ideas y conocimientos. Eso lo plasmamos, por ejemplo, en la obra de teatro que hicimos sobre Sócrates y sobre cómo el método mayéutico nos había inspirado a centrarnos en las preguntas más que en las respuestas.

Por otro lado, la pedagogía musical de Tita Maya nos ayudó a entender el juego como esa fuerza grandísima que permite explorar el mundo y construir relaciones con otras personas. Y en esa misma vía, acogimos la experimentación como base metodológica, porque una cosa es que te expliquen un concepto y otra es que lo vivas por ti mismo. Concebimos la experimentación como un proceso continuo y esencial dentro de diferentes metodologías de investigación científica y como una experiencia personal con el saber, donde se generan vínculos emocionales y aprendizajes que se interiorizan de manera profunda.

Así, poniendo a prueba esas bases metodológicas, se fue consolidando la propuesta pedagógica de la Universidad de los niños, donde además de leer y conversar sobre diferentes teorías, lo más importante era observar y escuchar con atención lo que estaba pasando con los niños.



Ser, hacer y trascender

Después de ese primer año, las familias nos decían que querían seguir en el proceso. Los investigadores y los niños habían encontrado un espacio necesario y único dentro de la academia. Por eso Juan Luis Mejía nos respaldó para que pasáramos de ser un proyecto a un programa constituido y esencial dentro de la impronta de la Universidad.

Con el objetivo de formar sujetos activos en la construcción del conocimiento, consolidamos poco a poco un proceso formativo que hoy comprende

cuatro etapas: Encuentros con la pregunta, Expediciones al conocimiento, Retos de ciencia y Proyectos de ciencia. Además, incursionamos en el desarrollo de contenidos de comunicación de las ciencias, porque era esencial romper la membrana de la academia y hacer ósmosis con el entorno de los niños, conectarnos con otros públicos y trascender a otros escenarios donde pudiéramos estrechar las relaciones entre la ciencia y la sociedad.

Gracias a esa continuidad como programa y a la autoevaluación constante, fuimos fortaleciendo capacidades para desarrollar proyectos de edu-



Taller ¿Cómo viven las personas en Asia? Foto: Robinson Henao.



cación y comunicación de las ciencias por fuera del campus con otras entidades. Empezamos a trabajar con el sector privado, el sector público y organizaciones del tercer sector.

Entonces lo primero fue ser, luego hacer y después trascender, es decir, generar un legado y potenciar la transformación social.

Los niños en la Universidad

Estoy de acuerdo con Juan Luis Mejía cuando dice que hoy en día las universidades tienen que ser centros de conocimiento e investigación para todas las personas, y EAFIT ha avanzado bastante en esa dirección con programas como la Universidad de los niños y Saberes de Vida, que enriquecen la vida universitaria con las ideas y saberes de niños, jóvenes y adultos mayores.

Esa comunidad universitaria ampliada debe preguntarse, ¿qué significa el conocimiento y cómo lo ponemos al servicio de la humanidad y del planeta?, ¿cuáles son las nuevas formas de relacionarnos y de aprender?, ¿cuáles son las nuevas formas de investigar qué necesitamos para afrontar los años venideros?

Los jóvenes que han pasado por la Universidad de los niños se han fortale-

cido para hacerse ese tipo de preguntas y cuestionar el papel del conocimiento en la sociedad. Ese es el llamado que tiene el programa, a no seguir regodeándose en los saberes, sino enfrentarse a la incertidumbre. Tenemos que ser capaces de hacer y discutir preguntas incómodas. La realidad social está llena de inequidad, injusticia, entonces ¿qué va a hacer la Universidad para que eso se vuelva un tema de conversación en las casas, no solo en ciertos círculos profesionales y científicos?

Violencia intrafamiliar, racismo, modificación genética y virus, en fin, los retos y preguntas a los que estamos enfrentando como humanidad, ¡tenemos que afrontarlos de manera distinta! Me emociono de solo pensar en las posibilidades de la Universidad de los niños para incluir a los niños en la discusión y el diseño de soluciones. No podemos seguir replicando el sistema educativo, que a su vez replica el sistema económico; estamos llamados a perdurar como seres emocionales e intelectuales respetuosos con el planeta.

¿Qué pasaría si hacemos el experimento de desescolarizar a un grupo de niños por un mes y trabajar con ellos iniciativas de investigación que a ellos les interesen con la metodología del programa? Por ejemplo, a mi hija Simona, le gusta la educación física y es muy

hábil en matemáticas, además es súper ambientalista. ¿Cómo unimos eso? ¿cómo el sistema educativo la ayuda a desarrollar un proyecto que integre sus intereses? ¿cómo puede ese interés por aprender estar acompañado por un investigador universitario? Creo que la Universidad de los niños se podría dar esa licencia.

Algunos de mis años más felices los viví en ese tiempo de creación y crecimiento de la Universidad de los niños. Me siento muy orgullosa de haber sido un vientre para el proceso que empezaría a andar de la mano de ese primer equipo humano. Nadie pasa por la Universidad de los niños de manera superflua, creo que todos nos hemos comprometido con defender lo que tienen para aportar los niños a la sociedad, así como explorar otros puntos de vista sobre la relevancia de la investigación y la docencia universitaria con respecto a la sociedad. Quiero que este programa llegue a muchísimos más niños, que salga de la Universidad y visite lugares inesperados, ¡larga vida a la Universidad de los niños!

